

LA ESTRELLA HERIDA

Dani me llamó al mediodía. "Creo que te gustará saberlo", empezó diciéndome. La frase me hizo pensar que se trataba de una buena noticia, que quizá nos había salido algún nuevo negocio juntos, pero no se refería a eso. Chiqui se había caído durante una de sus actuaciones, en una discoteca de Toledo. Había perdido mano al volverse para aferrar una de las telas que la sujetaban del techo y se había desplomado cuatro metros abajo. No había red ni colchoneta esperándola.

"Creo que te gustará saberlo". ¿Por qué había empezado así su exposición de la desgracia?, me preguntaba mientras él me seguía informando del estado de su pareja. Claro, me gustará saberlo porque me consideran un amigo. Quizá era una manera algo paternalista de expresarlo, pero me sentí agradecido. Dani me consideraba alguien cercano a ellos, o quería que yo pensara que era cercano a ellos. Casi no los conocía, pero me sentí agradecido, digo, y ese sentimiento me acompañó por encima de la compasión, el dolor o la consternación, mientras él me informaba del hospital donde tenían a Chiqui ingresada. Estaba en las afueras, era difícil acceder: varios transbordos en metro y un par de autobuses me colocarían allí. Prometí llegarme a visitarla esa misma tarde, agradecido aún por haberme llamado a mí de entre sus amigos para decírmelo. Ah, la prensa aún no sabía nada.

En el trayecto llamé a mi novia para decirle lo de Chiqui, un poco para decirle lo de Chiqui y un poco más para que se diera cuenta de lo mucho que me valoraban Chiqui y su marido para llamarme para decírmelo. Mi novia aprovechó para decirme que me dejaba.

El hospital era un hospital privado, especializado en traumatología, que es como llaman, creo, a los accidentes físicos que corren peligro de dejarte en silla de ruedas, en coma o muerto, aunque yo siempre pienso en traumas psicológicos cuando oigo esa palabra. Un bloque de piedra grande, monumental, blanco, emplazado en lo alto de una colina, sin lugar a sombras, expuesto al limpio sol.

He comprado un ramo de flores, tras confirmar que no es de mal gusto llevarle flores a una accidentada grave. No sé lo que puedo esperarme. Chiqui siempre sonrío, es una flor sonriente nacida en un barrio feo. Cuando paso la noche por allí, por su barrio, miro la Sagrada Familia y, recortada contra la noche parece

más de fantasía que nunca, parece la Cueva de Batman, que ése es el significado de Batcueva (“Bat” de Batman y “cueva” de Cueva, Bat va delante porque es más importante que la Cueva, para eso la Cueva es suya), y eso no sé si es bueno o malo.

Y de Chiqui tampoco sé qué esperarme, no la conozco tanto.

Busco y rebusco y pregunto dentro de los amplios recovecos del hospital, siempre me equivoco de pasillo en los hospitales, qué le voy a hacer, soy una persona torpe, no me sé nunca orientar, la timidez me provoca desorientación crónica. Por fin la veo de sopetón, al mirar una puerta abierta por sí. No hay preparación previa para la escena, la expresión que adopto me adopta antes: ellos me ven al tiempo que yo los veo a ellos. Me esperaba más gente, un tumulto alrededor de la estrella herida, o algo así.

Chiqui está en silla de ruedas, sí. Pero parece alegre y agita como siempre su legendaria y alegre melena roja. Bromea con un anciano tendido en la cama de al lado. ¿La gente famosa no tiene derecho a habitación propia? Ni siquiera le acompaña su guardaespaldas, aquel armario que fuera escolta del rey, “siempre se escapaba el hijoputa para irse con la querida y nos dejaba con un palmo de narices a todos”. Un chico plúmbeo en traje gris está a su lado, junto a una chica regordeta y unos enfermeros. Dani suelta los manillares de la silla de ruedas y viene a recibirme. El ambiente es más distendido de lo que esperaba, por suerte, y ella se alegra de verme. La beso y le doy las flores. Está mustia pero guapa, con ese mustio y esa guapura de las mujeres que siguen atractivas tras horas de sueño y convalecencia. No está maquillada, mola más así. Pero lo que más me gusta son sus pies, abandonados en el escabel de la silla, pies morenos de agitanada, pies con uñas sin pintar, pies de muchacha. Me gusta Chiqui, me repito, no hay mejor manera de comprobar la belleza interior de una persona que cuando está indefensa en silla de ruedas. Y ella está más bella que nunca.

“Todo el mundo se pregunta por qué no está muerta. Los médicos no se lo creían. Cayó sobre la columna vertebral, y ni siquiera se ha roto una vértebra. Se le ha inflamado la espina dorsal y ha perdido el movimiento en las piernas, pero parece que podrá recuperarlo en unos días”. Es muy fuerte, le digo a Dani, contento por poder echarle un piropo a su cariño, es muy fuerte de tanto ejercicio que hace. Ella se alegra de verme, insisto, y me presenta al chico

plúmbeo en traje gris, es su hermano, también de cara agitanada, también de ojos diagonales. El chico me saluda como estando en su sitio, tiene esa pose de comercial aun en los momentos graves de la vida privada. Da un poco de pena, parece un huérfano que ha adoptado las formas del oficio como manera de vadear las inclemencias de la vida, reducirlo todo a un saber estar de vendedor de aspiradoras. Luego sé que no, que tiene más vida, que me pasé de listo pensando eso, el típico idiota que prefiere hacer literatura barata que ser caro a la realidad; que no es así, vamos, pero que está hecho polvo, qué cara iba a poner. Tenía que haberme dado cuenta, porque tuvo un detallazo. “¿Qué quieres para tu cumpleaños, Lin?”. “Que te pongas bien”, dice el hermano. Auch, si esto fuera una película, yo lloraría al oír esa frase. Por suerte, la realidad nunca es tan conmovedora como la ficción. Chiqui se alegra también con las flores, aunque sea una mierda de ramo, y juega a mover los dedos de los pies. Yo me quedo mirando sus dedos muy fijamente, no me importa que no se muevan.

Luego Chiqui me olvida y rasga la etiqueta de su silla, cabreada porque han puesto su nombre verdadero, no el artístico, y Dani se cabrea de mentirijillas con ella. La dinámica de su relación no ha cambiado. Siguen jugando al gato y al ratón, a reprender su comportamiento infantil uno y a hacerse la niña ofendida la otra, se quieren más que la mayoría de parejas que conozco, es un amor travestido de guerra.

No me siento tan incómodo como creía. “Éste es el que ha escrito Todas putas”, dice Chiqui orgullosa a la concurrencia, y no sé por qué, quizá es el orgullo de la maruja famosa que comprende las pequeñas travesuras de sus hijos, y a mí me considera como un hijo, un hijo descarriado que sabe que siempre estará bien. “¿El qué?”, pregunta alguien. Nada, digo yo, acostumbrado a que nadie sepa de qué va el tema, dolido por lo efímero de mi fama que yo desprecié, pero acostumbrado a que nadie sepa ya de qué va el tema. “Hicimos un programa juntos en la tele, él me dirigía y me escribía los guiones”. Todos me miran ahora como si fuera alguien. “Era un magazine erótico, lo más divertido era poder decidir cuándo Chiqui se bajaba o no el sostén”. Todos ríen, menos el hermano.

Decidimos dar una vuelta con ella por los alrededores del hospital. El aire fresco te sentará bien, cariño. Ella no quiere al principio, no le gusta que la

vean sin maquillar, sin estar maquillada quiero decir, pero luego se olvida y quiere llevar sola la silla de ruedas. El vigilante del hospital le pide un autógrafo y luego le informa con demasiada minucia de por dónde puede circular y por dónde no puede pasar, aunque a ella le dejará llegar más lejos de lo permitido. “Un enrollado”, me susurra Dani, acostumbrado a la cháchara de los admiradores masculinos. Pero lo que más me fascina, lo que más me ha fascinado siempre, es lo bien que Chiqui trata a sus fans. Siempre una sonrisa para ellos. Dani aguanta abnegado mientras el vigilante le hilvana un completo informe de su misión allí y las posibilidades del hospital, él también es un profesional, es un profesional que sabe estar en su sitio, quiere que Dani y Chiqui se den perfecta cuenta de ello y yo y los demás, aunque nadie quiera estar en su pellejo ni en su trabajo. Sonríó y les espero fuera.

El hermano se tiene que ir. Yo creía que la rubia regordeta era su esposa, pero qué va, cuando el otro se va, ella me dice que el chaval le da lástima, parece un ejecutivo de esos tristes, de esos que creen que el objetivo de la vida es un buen trabajo y una esposa no necesariamente buena y un hijo que vete a saber. Intento averiguar subrepticamente quién coño es ella y por qué está tan equivocada como yo. Es la profesora de Chiqui, me dice sin preguntar. Es una artista del trampolín, aunque el circo no es sólo lo que le gusta, también le gusta el teatro y sale en muchos anuncios de televisión donde necesiten saltimbanquis. Me sorprende su rechonchez, pese a ser trapecionista es como a mí me gustan las mujeres. Me dice que Chiqui es una gran atleta, pero que quiere hacer las cosas demasiado rápido. “No había entrenado ese movimiento lo suficiente, no para hacerlo ya en una actuación. ¡Y no, por el amor de dios, para hacerlo sin una triste colchoneta!”.

Chiqui hace estriptis, pero nadie la considera vulgar. Y tiene su vulgaridad, pero precisamente sea la que hace que sea tan querida: tiene un punto de mujer del pueblo, una de los nuestros ahí arriba. Y por si fuera poco se desnuda con clase, considera el desnudarse en público un arte, claro que lo es. Y en privado. Pero ella en privado es muy conservadora, de una manera que a mí me gusta, porque en privado yo también suelo serlo, o al menos siento simpatía por quienes lo son sin vergüenza: “Nunca te regales la primera noche”, aconsejaba en el programa a sus fans femeninas cuando le consultaban sobre cómo ligar en la discoteca con los chicos que les gustan, o a

mí cuando inventaba las consultas. Se refería a que no se debían acostar con el hombre que les atrae la primera noche que lo conocen. Es una filosofía antiquísima, de virgen pacata en busca de buen partido, yo me estiraba de los pelos de las orejas cuando la oía, va en contra de todos mis principios, de todo lo que yo quería comunicar en el programa, las chicas tienen el poder sobre el género masculino y deben expresarlo también sexualmente, en realidad no es una filosofía tan distinta, salvo que a mí me gusta que las chicas se acuesten conmigo la primera noche, pero es la manera de expresarlo lo que me fascina: nunca te “regales”. Ella se considera un regalo para el hombre al que elija. Ahí radica la clase de Chiqui y también su vulgaridad.

Sale a la luz del sol, se coloca sus gafas de sol horteras, y juega a convencernos de que en dos días saldrá de allí por sus propios pies. Su profesora se sorprende de que ya esté pensando en próximos números de estriptis, y en un aparte teatral me dice que hablará con los médicos del hospital y que si no le aseguran que Chiqui puede volver a contorsionarse y a hacer números en el aire, no volverá a darle clases. ¿Tendrá remordimientos? Supongo que sí, no había caído en ello.

Damos vueltas al sol. Chiqui maneja la silla de ruedas con una soltura admirable. Dani me dice que es la primera vez que se sienta en una, hasta ahora ha permanecido tumbada varios días en la cama. Me siento un privilegiado, me han llamado nada más haberla ingresado. Chiqui confiesa, con franqueza de lumpen barcelonés y candor de muchacho, que se está haciendo caca, pero que no le dejan hacer sus necesidades hasta que lleve una hora en la silla de ruedas. Nos reímos, como debe ser. Esta Chiqui. “Esta mañana vinieron dos enfermeros, porque les dije que me estaba meando. Llegaron con una palangana, y querían que yo me lo bajara todo y hiciera pipí allí en la cama, con la palangana puesta allí debajo. Cuando les veo acercarse con la palangana y a uno poniéndose los guantes de plástico, les hago así con el dedo y les digo: estáis muy equivocados, esto no funciona así”. Reímos más. “Esto no funciona así”. Me rindo. Chiqui es una puta estrella.

Decidimos que un poco de sombra no estaría mal. Nos vamos al restaurante, que tiene terraza y todo. “Desde luego, si no tienes dinero, te mueres y a nadie le importa”, murmura Chiqui mirando el horrible hospital privado, que a ella le parece sublime. Prosigue su cantinela: el hospital se provee de una empresa

de catering de cuyo escalafón superior forma parte su hermano: "Estas chicas (las camareras) trabajan para mi hermano. Como lo hagan mal, me chivo", bromea. Dios mío, ¿por qué yo ya no conoceré gente así, que habla lo que sabe sin saber? Echo de menos mi propio barrio bajero, aquel vecindario de muchachillas maleducadas, descaradas y groseras pero vivas, repleto de Chiquis que nunca lo serán.

Dani quiere pagarme mi bebida. Mi pudor de tacaño vuelve: Dani me lo ha pagado todo siempre. "Tú nunca vas con más de diez euros en el bolsillo", ríe, y sé que lo dice y ríe sin malicia. Me costeó todo un viaje a Londres, a una feria erótica que cubrimos por nuestra cuenta pese a que la tele no nos facilitó ningún gasto, me pagó la estancia y hasta la entrada en los clubes que por la noche visitábamos porque Chiqui quería ver qué se cocía en los estriptises de allí, para aprender nuevas cosas y comparar y decidir que ella era la mejor. Me pagaron hasta un lap dance y los dos se rieron porque escogí a la que "tenía más pinta de yonqui y puta". Y me sorprendí porque tenían razón, pero aun así me lo pasé bomba con la yonquiputa, una italiana de brazos grandes, cara picada y coño inextricable.

Dani es un pijo. En la tele todos los curreles le odiaban, con su gabardina negra brillante y su talante prepotente, todos menos yo, pero yo no soy un currele, soy de clase baja pero no un currele. Y Dani es un pijo pijo. Su padre posee (no tiene, posee, que hay una diferencia) una empresa de jets privados. Dani exuda ese punto de chuloplaya que revienta a los pobres y fascina a las pobres. Es un tío directo y que no me entiende, pero suficientemente inteligente para saber que no me entiende y respetarme. También me gusta Dani. Es atractivo, resuelto y sincero. Lleva los negocios de Chiqui, es su "manager", y pese a ello, pese a que mezclar amor y trabajo va contra todos mis principios de adolescencia, me gusta cómo lo lleva. No sé si conozco a una pareja menos infeliz.

Nos arrellanamos en las cómodas sillas de la terraza. Empiezan a caer más visitas, pero aun así no tantas como yo me esperaba. Llega una pareja, un tío maduro que viste unos zapatos rojos súper petardos y su chica sensiblemente más joven, pero parecen majos. El tipo hace ese tipo de chistes supuestamente graciosos y tremendamente superficiales de la gente de clase media desahogada pero sin muchas referencias. Los río por cortesía, mirando a la

profesora de trapecio, buscando su complicidad de izquierdista relajada. La cosa promete.

Chiqui quiere estar cara al sol. Explica las discusiones con su madre. Ayer la tuvo que echar de la habitación, quería pasar la noche velándola. “¿Es que no me quieres?”, despechada. Chiqui contrapone su infancia con mamá a la situación actual: cuando éramos pequeños a veces nos quería y a veces no, a veces no nos hacía ni puñetero caso, y ahora me anda todo el tiempo que si ya no la queremos, que si patatín que si patatán. ¿Qué es lo que espera ahora? Intento no escuchar con las dos orejas, por eso no entrecomillo, por aquello de que habla de su intimidad y no quiero parecer entrometido. Su madre vive ahora separada. La pareja recién llegada hace comentarios al respecto, su conocimiento del tema me es ajeno, no sé en qué trabaja aquel tío ni cuál es la naturaleza de su amistad con Chiqui y Dani.

Más visitas. Dos mujeres, una señora madura emperifollada y maquillada hasta el globo de los ojos, y una morenaza, casi una niña, embutida en tejanos ajustados y camiseta blanca con forma de tienda de campaña, una quilla total. Sus pechos sobresalen como bombonas de butano y, tal que sacando pecho pero sin necesidad de ello, se planta ante Chiqui para que ésta la admire: “Mira lo que me he hecho”. Yo me figuro que se trata de una nueva estrella del porno, starlettes llaman a las que empiezan, guarras a todas, conocí a varias cuando trabajé para la industria X, suelen ser así, garrulas y obsesionadas por su delantera, me choca que trate con tal familiaridad a Chiqui, siempre pensé que Chiqui odia a las porn stars: en una ocasión, entrevistando a una para el programa, una brasileña de renombre internacional, le coló esta pregunta que no estaba en el guión: “Mucha gente cree que las actrices porno sois como putas. ¿Tú estás de acuerdo?”. Yo me había situado detrás de la cámara y se me erizó la punta del vello. La actriz porno hizo como que no entendía bien la pregunta y disfrizó su oficio de vedettismo y oropel, qué iba a decir. Luego le eché la bronca a Chiqui, cómo puedes tratar así a una invitada, yo creía que en el fondo a Chiqui le molestaba que también a ella la metieran en el mismo saco por dedicarse al erotismo, cuando ella siempre marca distancias, “yo no tengo nada que ver con ese mundo”, antes al contrario, un hombre para toda la vida y ninguno más Santo Tomás, pero en el fondo, otra vez, a mí también me gustaba que lo hubiese dicho con tal aplomo, aunque no estuviera de acuerdo

con ella. Pero no odia el porno, simplemente hizo la pregunta sin los prejuicios que yo y todo el mundo nos presuponemos.

Chiqui aprovecha la novedad de las tetas infladas para sacar a relucir con orgullo: “Ay, las que os operáis, luego me venís con envidia, “Chiqui, qué bien tienes las tuyas y de natural””. La vieja retocada tercia: “Déjala, estaba obsesionada, tenía un complejo quepaqué, así que le dije, mira, haz lo que quieras”. Al final resulta que no, que no es una starlette del porno ni hostias, es prima tercera de Chiqui, y la otra su madre. Qué va a hacer la cría, pienso, si la madre no tiene un centímetro de piel sin escarpelar. Qué ejemplo a seguir, dios mío, me dice mi yo socarrón, pero cada vez más incómodo en el trasunto del ambiente.

La chavalita, poco menos que menor, o poco más, habla hasta por las tetas: “Ay, Chiqui, si no nos llegas a avisar, yo no he visto que hayan dicho aún nada por la tele. Aún no lo sabe nadie. Si el otro día hasta te vi en un programa, que te entrevistaban. ¡Mira, mama, ven, dije!”. Y entonces el amigo maduro salta: “¿Pero a qué mama se lo dijiste, a la izquierda o a la derecha?”.

Estoy a punto de soltar una límpida carcajada, es lo mejor que he oído en días, el tipo ha crecido enteros a mis ojos. En cualquier otro lugar, se habría hecho un silencio tenso, pero allí qué va, allí ríen todos, las retocadas por frescas y los demás por complicidad. Mejor desviamos los dardos, antes de que se den por demasiado aludidas, y vuelve el tema de la madre, que para eso no está presente: la mujer tuvo ayer un berrinche, vuelve Chiqui a explicar, “porque no dejé que se quedara la noche conmigo, pero cuando vio que una amiga mía aún se quedaba más tiempo, me dijo delante de ella: ¡Conque ella sí y yo no, ¿eh?! Si es que ya no me quieres”. La tía, conciliadora pero menos, aduce una explicación: “Tiene unos celos terribles y se siente sola, desde que se separó”. Todos enmudecen, como si hubieran comprendido a destiempo el chiste de la mama y se avergonzaran de ello. Me vuelvo en la silla: alguien se acerca. Una mujer cincuentona, con muslos tejanos y pelo mechado. Las gafas de sol no permiten adivinar sus rasgos.

Dani se ha puesto a leer el diario, las bajas de Irak ocultan su faz. Quizá es donde le gustaría estar ahora. Yo me levanto, no quiero asistir al resto de la representación, ya he tenido bastante atisbo de la obra y no es de mi estilo. Me despido de Chiqui con un beso, de Dani con una sacudida de manos, y del

resto con un hasta la vista muy poco prometedor. Evito a la madre y me largo.

Una voz me llama: es la trapecista, que se viene conmigo.

Volviendo a la ciudad, encuentro complicidad en su conversación, ambos reconocemos los mismos sentimientos despertados por la troupe familiar de Chiqui, pero si yo me callo por consideración, ella pone palabra a la mofa con la crueldad que sólo una mujer puede esgrimir contra las peculiaridades físicas de otra. “¡Y esas tetas horribles! ¡Y esas tetas! Yo me tocaba las mías como diciendo, anda que si yo tuviera que tener complejo...”.

Yo también quiero tocarlas y comprobar si lo que dice es verdad, así que la invito a cenar. Cenamos, pero no cae ni, por supuesto, consigo tocar sus tetas.

hernanmigoya.com